

Pavor en el país natal

Una franela blanca de mi padre
cerrada por las mangas
es un closet para echarse
a volar.

Volar, volar, volar
de mi país natal
y quedar, quedar, quedar
con mi hermanita de mi misma edad
llorando de pavor junto a
frías gallinas en el patio.

José Alejandro Peña

Paranoia en el tren de Brooklyn

El día sofoca de tan pálido.
Sofoca de tan lúcido el ladeado
tren de Brooklyn
como un perro de lata acariciado
por el óxido de una lluvia instantánea
que se obstina en pasar el cobre
de sus hilos por el leve costado
del viajero.

La niebla alarga el brazo desde la ventanilla
del último vagón.

Todos tan pensativos
y tan borrosamente huracanados,
todos tan miserablemente conducidos
a dejar caer sus brasas sobre el hielo.

Alguien entra la mano en mi pecho
y me acaricia la pena con sus guantes de nube.

El miedo ciega los cristales.

El tren sigue rabiando acorralado por los ojos
lluviosos del viajero.
Cada viajero tiene una fluvial
relojería desarmada en la sonrisa
y tiene atornillado al cráneo la dulzura
de quien ha sufrido la epilepsia (al menos
momentánea) de los niños neoyorquinos.
Epilepsia que consiste en lavar con aceite
la melodiosa caja dental,
sin olvidar de reponer
de suplantar
el minuto presente por la hora futura.

Nos hacemos asesinar por la vasta
disminución del alambrado.
Con el rabillo del ojo aleja cada quien
los maleficios de la primera hora...

Después, como olvidándose,
acoda el alma para pensar,
pero el alma se le ha doblado tanto
y tanto le ha dolido el semblante
a tanta curvatura elemental que ya
ni con dos naipes se puede recoger
la demolida sonrisa en los cristales.

Con el alma apretada en los bolsillos
nos vamos caminando sobre el lodo.
¿A qué hora desenterramos los pasos
del que viene detrás a lamernos la nada
que se arruga como un pañuelo roto
en la mirada?

Un cigarrillo desdibuja el rostro
en el espejo.
Todo espejo encarcela, sin definir al cejijunto
que lo crea y transfigura.

Un mundo de transfiguraciones
monstruosas,
construido con las piezas de un rompecabezas
en desorden, helo aquí.

Como el acróbata dormido
en sus flácidas
corazonadas que no lo dejan
caer definitivamente,
los trenes, sin que nadie los vea,
penetran en la roca de aire
que respiramos.

El perseguido de sí mismo
me grita desde lejos:
hay dos modos de retener
y de alcanzar:
soltando y soltándose.

Maniobra

A Manuel García-Cartagena

No basta un día sin sol para mi muerte
ni atardeceres de lluvia en el corazón-ascua del Dormido.
En las hora precarias de dolor y de miedo
avanzo hacia mis huellas remotas,
borro el pie para seguir descalzo.
No hago más que pensar cómo decir,
cómo hacer ver que lo que digo es nuevo.
Nuevo desde la brisa megalómana que araña
los rincones vacíos.
Sueño mi verdadero sueño en el reloj,
detengo todo.